

FELICIDADES

Entró acompañada de Beatriz. Hacía más de dos años que compartían piso en el centro de la ciudad y como era habitual los miércoles llegaban prácticamente a la misma hora de su jornada laboral. María trabajaba para un canal de televisión. Beatriz era pasante en un famoso bufete de abogados.

Tras dejar los bolsos y cambiarse de ropa en sus respectivas habitaciones, se dirigieron a la vez al salón para sentarse, descansar y hacer unas llamadas con el móvil. María corrió las dos puertas del salón y se extrañó por la penumbra. De nuevo, la incompetencia de Gladis, la mujer colombiana que limpiaba una vez por semana. ¡Dejar el salón crepuscular y triste! ¡Y la actitud a la hora de limpiar! Ella no tenía la culpa de que Gladis no hubiera encontrado trabajo en España. No tenía la culpa de haber contratado una licenciada en latín y griego. Ni ella ni Beatriz podían alquilar un piso para vivir solas. Bastante hacían con su sueldo mileurista y con poder pagar las tres horas que tardaba en adecentar su casa. Mientras pensaba en que iba siendo hora de contratar a otra mujer más interesada por su trabajo, observó cómo, tras el sofá, aparecieron de repente, tres figuras brillantes de esqueletos humanos dando saltos y haciendo muecas burlonas. Soltó un chillido estremecedor y quedó petrificada. Giró aterrada y vio a Beatriz apoyada en la puerta riendo a carcajadas.

—¡FELICIDADES!

Encendieron las luces y el salón apareció adornado con guirnaldas, farolillos, globos y artilugios de cumpleaños. María cumplía los 30. Se llevó las manos a la boca, asustada y con ganas de echarse a llorar. Miró de nuevo a Beatriz que no paraba de reír. La empujó y finalmente se abrazaron.

—¡Hija de puta! ¡Menudo susto! Y todos vosotros: ¡Pandilla de cabrones! — gritó a los amigos.

Se acercaron a besar y felicitar. Los chicos disfrazados de esqueleto se quitaron las capuchas mientras reían alborotados y chocaban las palmas de la mano.

—¡Que grito tronco! Ni la película Scream. Este disfraz lo peta. ¡Ven acá Mariquilla! Dame un beso.

El que hablaba era Ricardo, un amigo de la época de la facultad, con el que María se había acostado en más de una ocasión. Pero Ricardo también se había acostado

con Beatriz, Marga, Carlota, Susi; al menos que ella supiera, porque tenía una bien ganada fama de mujeriego irremediable. Él mismo se jactaba de colecciónar caritas *bollicaos* y cuerpos *danones*. Además de ser guapo, fuerte y morenazo, Ricardo era un bromista y encandilador nato. Los amigos comentaban que los dos años en una escuela de cine de Nueva York, le habían vuelto más responsable, más maduro, que algo en él había cambiado. Ganó un Goya al mejor cortometraje, fue entrevistado en diversos programas de televisión y se hizo un hueco en el mundillo del cine español preparando lo que iba a ser su primer largometraje. Definitivamente, se tomaba la vida más en serio.

María coincidía con Ricardo en los bares de Madrid y tenía que soportar cómo le entraba con el mismo descaro que años atrás. Sin embargo, hacía tiempo que dejó de ser una chica fácil, si es que alguna vez lo había sido, y hasta tres veces dio largas a las demandas para recordar gloriosos y calientes momentos del pasado. María quería una relación comprometida y fiel, y sabía que Richie, como le gustaba que lo llamaran en la cama, era de gatillo fácil. Eso le frustraba y asqueaba, a la vez, que la alejaba de él.

Tras una hora de cervezas, rones, güisquis, risas, porros y alguna que otra raya de coca, apareció Beatriz con la tarta de cumpleaños, que llegó inestable hasta el centro de una gran mesa.

Hicieron un círculo alrededor de María que se preparó para soplar las velas.

—¡Sopla fuerte y acaba con la veintena de una vez! —gritó Beatriz.

—Sí, y pide un deseo. No te olvides de pedir un deseo guapetona —dijo Ricardo mientras hacía malabares con un balón de fútbol.

María se acercó a la tarta de chocolate cubierta por 30 velas encendidas y miró a Ricardo que estaba frente a ella. Este guiñó un ojo y lanzó un beso al aire. María encendió su rostro de alegría y pensó: Un deseo, voy a pedir un deseo.

Tomó aire, hinchó los pulmones y aguantó medio segundo antes de soplar. No quería que ninguna vela quedara encendida y 30 velas eran muchas velas. ¡Uff, 30 años!

Al día siguiente, una temprana llamada de teléfono de Ricardo la despertó. Proponía quedar a cenar, solos los dos, en un nuevo restaurante japonés del que había oído hablar muy bien.

Tras la cena, en la que Ricardo se había mostrado terriblemente encantador, este le regaló un anillo y le pidió que se casara con él. Ella era la persona que más le gustaba

del mundo, dijo, quería sentar cabeza y desarrollar su carrera cinematográfica con su ayuda, estaba seguro de que iba a triunfar, quería envejecer junto a ella, formaban un tandem muy especial. María se extrañó ante aquella escena que le estaba montando Ricardo. ¡Demasiado americano, pensó. ¡Hollywood, qué asco! Sin embargo, algo había en el tono de voz que le resultaba sincero, amable y bienintencionado. Ricardo sabía cómo ser tierno con ella.

A los diez meses, fueron casados por el mismísimo alcalde de Madrid pocos días después del estreno del primer largometraje de Ricardo. Lo titularon: “Evasión”. Al año siguiente, nacía el primer hijo de la pareja al que llamaron Ricardito. El papel de María dentro de la vida de Ricardo era de apoyo total a su carrera cinematográfica, y éste siempre esperaba sus sabios consejos para sacar adelante los proyectos. Tuvieron dos hijos más que los colmaron de felicidad, además del tremendo éxito de su cuarto largometraje que le valió un Óscar a la mejor película extranjera. Se trasladaron a Los Ángeles donde Ricardo comenzaría su fructífera carrera norteamericana. En todos aquellos años, Ricardo siempre había sido fiel, o así creía ella, y decidieron celebrar su 25 aniversario de boda pasando unos días solos en las islas de Hawaii.

Alquilaron un coche descapotable y comenzaron un corto viaje, de no más de una hora, hasta un pequeño hotel muy especial situado en lo más alto de la más alta montaña de la isla de Oahu, en una zona volcánica de una belleza salvaje y aplastante, desde donde tendrían la mejor vista al mar, a la capital, Honolulú y a algunas de las islas más cercanas.

Ricardo conducía despacio y sereno. La estrecha carretera caracoleaba al lado de unos imponentes acantilados. María apoyaba mansa la cabeza sobre su hombro. La brisa marina acariciaba con ternura sus mejillas aun tersas, aun sonrosadas, a pesar de que como pareja contaban casi 100 años.

—Aloha, María, ¿eres feliz? —preguntó Ricardo.

—Sí, cariño, soy tan feliz que a veces me pregunto si tengo que tener cuidado con no agotar la felicidad que existe en el mundo. A veces creo que la acaparó toda y no dejo nada para los demás. El mundo va a terminar odiándome.

—Ja, ja —sonrió estruendosamente Ricardo—, sabes que la felicidad es infinita mi amor, que hay para todos, igual que para todos hay tristeza. A nosotros la felicidad, nos viene de cara, como este viento del Pacífico. Pero los dos hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí. Nadie nos ha regalado nada. Indudablemente somos afortunados.

Hijos estupendos, carrera profesional intachable y en continuo ascenso, y cada vez más enamorados.

—¿Te acuerdas del día que cumplí 30? ¿De la fiesta de cumpleaños?

—¡Claro! Cómo no voy a recordar el espeluznante chillido cuando nos viste disfrazados de esqueletos. Todavía retumba en mi cabeza. ¡Qué agudos más bestiales!

—Fue horrible. Casi me salta el corazón... ¿Sabes que deseé al soplar las velas con todas mis fuerzas? Amarte y poseerte, tenerte para mí las veinticuatro horas del día. Y hoy, veintiséis años después, aquí nos encontramos, en este lugar tan verde y lleno de vida y con mi deseo cumplido. Es extraño que todo haya salido como tenía pensado, a veces no logro entenderlo.

—*Don't worry*, cariño. Los deseos, si se piensan y se buscan incansablemente, se terminan cumpliendo. Así es por lo menos como lo cuento en mis películas y nuestra vida es de película ¿no? Así que vamos a disfrutar de este maravilloso coche de lujo, de esta preciosa carretera y culminar nuestro amor en esta pequeña cima del mundo para que se enteren todos lo que nos queremos. Vamos a gritarlo a los cuatro vientos, María. ¡Te quiero, te deseo, te adoro! —gritó Ricardo levantando los brazos, a la vez que se ponía de pie sobre el asiento de cuero rojo. El coche parecía caminar solo gracias al cambio automático.

Se dejó caer sonriendo y retomó el mando del vehículo. Inspiró y expiró con gran energía. De pronto, su gesto se torció. Miró a un lado y otro sin mover la cabeza, y empezó a golpear con inusitada violencia el salpicadero del coche. Una, dos, tres, cuatro veces. Intentaba matar una mosca que llevaba un buen rato importunándoles. No entendía porqué ésta no alzaba el vuelo medio metro y se dejaba llevar por la inercia del aire. La aplastó.

—Hija de puta —exclamó Ricardo al mirar los restos del insecto sobre su mano colorada.

María sintió lástima por la mosca convertida en una masa negruzca. Aun podía distinguir algunas patas moviéndose. Pero también la odió por romperles el momento tan especial que estaban viviendo. Ricardo extendió la mano fuera del coche y dejó que la fuerza del aire se llevara lo que quedaba del insecto. María se relajó. Volvió a posar la cabeza sobre el hombro de Ricardo.

—Yo también te quiero —dijo María en voz baja.

Y subió la cabeza. Enseñó los labios ardientes de deseo y amor a Ricardo. Este se volvió y empezó a besarla con un ojo puesto en la carretera. Las lenguas de Ricardo y María se buscaron y se entrelazaron como dos serpientes enroscadas. Ricardo tuvo una erección. Se ajustó los pantalones. Su pene ascendente buscaba una salida en la estrechez de los pantalones. Además, le tiraba rabiosamente de los pelos del pubis que tenía pegados al glande. Ciertamente se sentía muy incómodo. Ricardo quitó la vista de la carretera mientras recolocaba el miembro. María se derretía entre espasmos de dulzura. Y no se dieron cuenta de cómo el coche se dirigía hacia una curva donde no había guardarrail alguno y tras ella, una caída de 40 metros de altura. Ricardo y María sintieron un violento temblequeo.

—¡MARÍA!

—¡RICARDO!

Vio espantada como caían con el coche hacia la blanca espuma que producían las olas. Pero también pudo ver cómo un grupo de gaviotas volaban a su alrededor y les vigilaban extrañadas, cómo cuatro polluelos, en una pequeña oquedad del despeñadero comían con ansiedad la comida regurgitada por otra mamá gaviota, cómo dos lagartijas hacían el amor sobre una roca recalentada por el sol y cómo Ricardo le miraba de frente con una sonrisa de oreja a oreja.

Y de repente, un golpe seco en la cara y algo blando y viscoso que se pega a los ojos. Escucha unas grandes risotadas. Se quita la pringue de la cara. Ve a Ricardo muerto de la risa, haciendo grandes aspavientos con los brazos y poseído por el espíritu de la idiotez. El resto de amigos observan mudos y asombrados. Miran a Ricardo, miran a María.

—¡Perdona María, ja, ja, perdona! Estaba jugando con la pelota y se me ha escapado. ¡Y vaya donde ha caído la muy cabrona! No te preocupes que esto lo limpio yo en un santiamén y seguimos con la juerga.

María está paralizada. Ricardo, sin parar de reír, limpia su cara de tarta. En el suelo, algunas velas siguen encendidas.

JB 2010